

711.18252

18252

DONACION
9/5

MIGUEL MORENO

ANTOLOGIA POETICA



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NUCLEO DEL AZUAY

CA
1.4
52

ANTOLOGIA POETICA

MIGUEL MORENO

ANTOLOGIA POETICA

SELECCION Y PROLOGO

DE

MANUEL MORENO-MORA

18252

E 861

IMPRESO EN EL CENTRO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS CULTURALES DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY EN EL CAMPUS DE EL NÚCLEO DEL AZUAY, CANTÓN CUEENCA, PROVINCIA DEL AZUAY, ECUADOR. 1951

Envío del Núcleo del Azuay
de la Casa de la
CULTURA ECUATORIANA

13 = 9-01-1903

IMPRESO EN EL ECUADOR

Academia de Imprenta y Artes Gráficas de Azuay de 1951

CUEENCA

1951

Imprenta Casa de la Cultura Ecuatoriana - Núcleo del Azuay

Azuay - 1951 - Cuenca

MIGUEL MORENO

ANTOLOGIA POETICA

SELECCION Y PROLOGO

DE

MANUEL MORENO-MORA

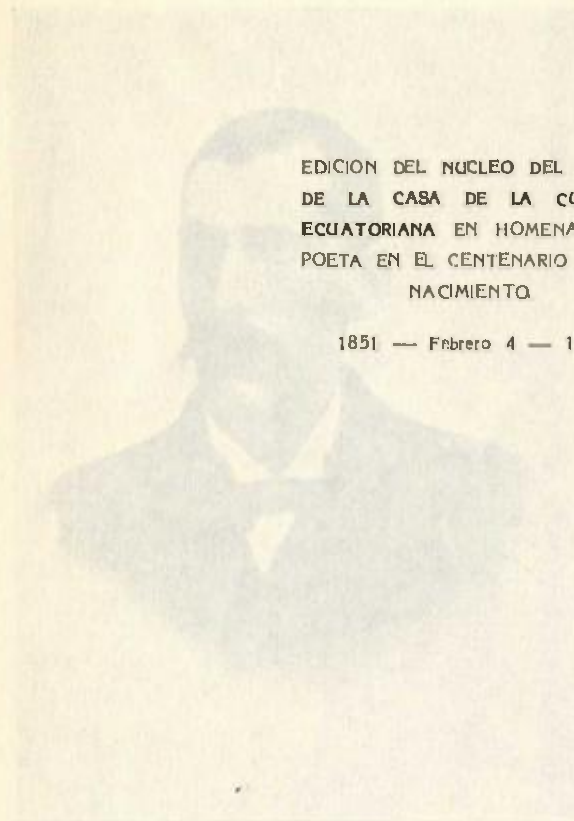
Envío del Núcleo del Azuay
de la Casa de la
CULTURA ECUATORIANA

IMPRESO EN EL ECUADOR

Acabóse de imprimir el día 30 de Abril de 1951

Imprenta Casa de la Cultura Ecuatoriana - Núcleo del Azuay

Apartado 4907 — Cuenca



EDICION DEL NUCLEO DEL AZUAY
DE LA CASA DE LA CULTURA
ECUATORIANA EN HOMENAJE AL
POETA EN EL CENTENARIO DE SU
NACIMIENTO

1851 — Febrero 4 — 1951

MIGUEL MORENO

EDICIÓN DEL MEJOR DEL AERAY
DE LA CASA DE LA CULTURA
DOCTORIANA EL HONORABLE AL
POETA EN EL GENTILARIO DE SU
NACIMIENTO.

1931 — Tomo 4 — 1931

IMPRESO EN EL EXTERIOR

Academia de Letras de San José de Costa Rica

Instituto Costarricense de Cultura y Educación - Museo del Asero

San José 1931 — Costa Rica



MIGUEL MORENO

No es la de Moreno poesía popular, pero su sentimiento está tan a flor de piel y sin complicaciones, que el pueblo guafaba repetir sus estrofas que las ponía en canciones. Y no importa que las composiciones, pues se suceden sean de uno u otro poeta; el lector las reconoce desde el primer verso; el uno es más suave y más humilde; y el amor místico no empuja al amor que siente por la mujer; el otro ahonda más; pero el afán de proselitismo le quita espontaneidad. Hay que leer el libro a saltos, de tiempo en tiempo, para

"Fue una revelación que sorprendió la poesía que por el año 1877 se cultivaba en Cuenca por dos jóvenes, los cuales abandonaron por completo la altisonancia de la oda, para hacer una poesía llena de dulce y vaga sentimentalidad" (1). Esta opinión de uno de los más autorizados historiadores de la literatura ecuatoriana tiene gran valor para la apreciación de Miguel Moreno. Quiero transcribir, fragmentariamente, todos los juicios de este crítico sobre uno de los genios de la poesía ecuatoriana, para respaldar con ellos mi estudio, pues, acaso, no faltaría quien lo juzgare de parcial y apasionado.

"Es una poesía de tono menor y confidencial; pero en la que se canta, no solamente a la Virgen, sino también a la mujer amada... Moreno tiene la vaguedad encantadora de resignada melancolía, llena de adivinaciones y presentimientos.

(1) Isaac J. Barrera, Literatura Ecuatoriana. Quito, 1939.

No es la de Moreno poesía popular, pero su sentimiento está tan a flor de piel y sin complicaciones, que el pueblo gustaba repetir sus estrofas, que las ponía en canciones... Y no importa que las composiciones que se suceden sean de uno u otro poeta; el lector las reconoce desde el primer verso: el uno es más suave y más humano, y el amor místico no empuja al amor que siente por la mujer; el otro ahonda más, pero el afán de proselitismo le quita espontaneidad. Hay que leer el libro a saltos, de tiempo en tiempo, para encontrar toda la dulzura poética que tiene. En ningún libro como en éste se ha puesto la nota de color de la tierra y se han pintado con más fidelidad los cuadros y escenas regionales."

En 1907 publica el **Libro del Corazón**, prologado por el español Don José Zahonero. "Ante la inesperada aparición de un verdadero poeta lírico, dice este escritor, ¡ah poeta que por estar dotado de congénita ingenuidad, él ignora que lo es!, poeta genial, espontáneo, inspirado, que relumbra con luz propia para dignidad y realce del sublime arte..., un dulcísimo consuelo, plácida risueña esperanza nos alienta, afirmándonos en el convencimiento de que, aunque muy doloroso, no es sino pasajero accidente el escepticismo desolador, atonía moral de las sociedades.

"Así bien puede afirmarse que el pueblo que hoy nos presenta Miguel Moreno, un poeta no fingido, no artificioso ni únicamente estimable por

el atavío de la forma, sino animado de congénito vigor, iluminado de fulgurante inspiración y de angélica ingenuidad..., no es pueblo que se ajuste a la servidumbre y rutina del obtuso empirismo, ni que se degrade hasta lo bajuno y ruin de los vicios..., sino un pueblo libre para sentir, pensar y creer, digno, en fin, de comprender y apto para realizar los más elevados destinos del género humano.

"Estas mismas consideraciones que ahora aquí expresamos como pertinentes, estas mismas ideas que surgen en nosotros al terminar la lectura de las poesías de Miguel Moreno, son las mismas ideas y las mismas reflexiones que acudieron a nuestro entendimiento, aun no hace muchos años, al oír recitar las poesías de otro gran poeta lírico, cuyo genio tanto nos sorprendió y conmovió como nos ha sorprendido y conmovido el genio del poeta ecuatoriano. Entre uno y otro poeta existen grandes analogías, sobre todo la de darse en ambos la cualidad preciosa, singular, distintiva, propia de todo verdadero poeta lírico: la sinceridad, la ingenuidad nativa; porque la sinceridad no es sino la expresión de la ingenuidad.

"Ingenuo, natural, espontáneo, creyente, como Gabriel y Galán, es para nosotros Miguel Moreno. Sin duda alguna, si éste hubiera conocido al poeta español, y el poeta español, al poeta ecuatoriano, se hubieran amado, sintiéndose unidos por una confraternidad misteriosa de sus almas.

"Respetuosa curiosidad, pero, no por esto menos ávida, nos hizo abrir el libro de Miguel Moreno, y pronto no fue para nosotros un libro, sino un ser vivo, un hombre que nos hablaba con acento de sinceridad nobilísima y nos mostraba un poema, el de su propia existencia. El poeta no hacía artificio, no había fingimiento en su voz, llena de pasión.

"Pocos poemas como éste parecen formados por las notas vibrantes y gratos recuerdos de las horas felices, y por las notas melancólicas, memorias de los terribles pesares. Y en todo este poema el pensador ha puesto con firmeza la idea alma de su libro: ¡la fe!

"Miguel Moreno posee el talento propio de los grandes poetas: no se esclaviza a exigencias de la forma, sino que hace al arte servidor de las ideas y de los sentimientos de su alma." (2).

Miguel Moreno pudo haber dicho de su poesía lo que Lamartine dijo de la suya: "Soy el primero que ha hecho descender la poesía del Parnaso, y que ha dotado a lo que se llamaba la Musa, no de una lira convencional de siete cuerdas, sino de las fibras mismas del corazón del hombre, pulsadas y conmovidas por los innúmeros estremecimientos del alma y de la naturaleza."

(2) Miguel Moreno, Libro del Corazón. Cuenca, 1907.

Con Miguel Moreno aparecía en el Ecuador el genuino lirismo, la expresión personal de sentimientos, ingenua, espontánea, suavizada de vaguedad y de tono menor. Y aparecía también la poesía nacional, aquella que hemos dado en llamarla característica de la poesía cuencana.

En las postrimerias del siglo XIX acaecía en el Ecuador un hecho muy semejante al que acaeció en Grecia con el nacimiento de la poesía bucólica. En uno y otro mundo se operaba un cambio. Teócrito con el idilio hacía que nazca la poesía sentimental, expresión de sentimientos individuales de pasión y ternura, a la vez que del sentimiento de la naturaleza, de aquel encanto de la belleza campesina. Si a la poesía sentimental, hemos de llamarle romántica, en amplio sentido, con Teócrito apareció el romanticismo en Grecia, y con Miguel Moreno, en el Ecuador.

Cuando aparece el genio es la fuente de lo inconsciente que brota y se desborda. En esta fuente está lo inconsciente del alma individual y lo inconsciente de su nación. El genio es el genuino representante de su tiempo y de su medio. Al florecer el genio individual aparece en el arte lo singular, lo personal, lo infinito del alma que dilata el significado del contenido al mundo de lo espiritual, de lo inefable, de lo simbólico, y da a la expresión aquella sugerencia vagorosa que trasciende de la forma como una atmósfera musical. Esta infinitud de la expresión aparece, por pri-

mera vez, en el arte ecuatoriano con la poesía de Miguel Moreno, el promotor de la poesía perenne en nuestra nación.

El idilio alejandrino, tierno y delicado, que tiene por motivos la vida campesina y pastoral, en el transcurso de los siglos ha devenido un género más natural, conservando sólo la esencia de sus caracteres, la ternura, la delicadeza del sentimiento amoroso, unido al sentimiento de la naturaleza. Y estos sentimientos idílicos están en el fondo de la poesía de Miguel Moreno. El espíritu antiguo y el espíritu moderno se separaron así con el nacimiento de esta nueva alma y de esta nueva expresión suya.

Miguel Moreno, nacido en la época del romanticismo americano, no se subyuga a los cánones de las distintas corrientes románticas de Europa. Su acentuada personalidad es la fuente primordial de su lirismo; no tiene más que dejarle que brote espontáneamente para obtener su poesía viva, humana, sentimental. Este hecho marca la novedad de su poesía en el Ecuador. Rompe él con la tradición ecuatoriana de la poesía elocuente, declamatoria, altisonante, pobre de lirismo, y va, por la senda de la invención, en búsqueda de la esencia de la poesía, de aquella poesía perenne, eternamente humana, que mana de los horizontes del alma, de la intuición, no por voluntad del artista, sino por espontaneidad del genio. Su lirismo se vuelve confesional, conversacional, sin

gritos, sin estridencias, sin alardes. La pasión deviene emoción. La elocuencia se cambia en reticencia sugerente, de profunda resonancia. Es su alma delicada, su espíritu fino que aman el medio tono, el matiz, la reserva.

En la poesía del genio siempre se halla aquella poesía inédita, nueva, original. Bien puede tener lo que se llamaría aire de familia con los poetas de igual estirpe psicológica; pero su personalidad pone en ella su impronta individual, inconfundible, señorial. La poesía de Miguel Moreno, que no fue imitador de nadie, es única dentro de la ecuatoriana y aun dentro de la española. Quien expresa sus propias vivencias expresa su yo individual y original. En el auténtico poeta aun la forma, el ritmo, el acento, la melodía son profundamente personales. La sinceridad, espontaneidad y naturalidad del poeta no sólo se reflejan en la verdad de su lirismo, —el lirismo no es ficción—, en íntima ecuación con su vida, con su temperamento, con su carácter, sino en aquel ritmo vivo, rápido, nervioso de su frase lírica concentrada; en la frescura de sus sensaciones; en la ternura de sus afectos y sentimientos; en lo viviente de su acento inconfundible; en la fiel correspondencia de sus creaciones con el estilo de su alma, con la tragedia de su vida. En sus versos manan sonrisas y ternuras, lágrimas y sangre. Es uno de los mártires de la poesía. En los postreros años el dolor de vivir se le agrava. Alucinaciones, presentimientos, obsesiones, angustias martirizan su

vida. Vive en un mundo de misterio, frecuentado de fantasmas. Es el primer poeta ecuatoriano que pone las plantas en las tenebrosas fronteras del misterio. La grandeza de su vida, —del espíritu que supo ser más fuerte que la carne—, refluye en la nobleza de su poesía. No hallaréis en ella el clamor de la desesperación, la lividez de morbosidad alguna, sino siempre la fortaleza, el resplandor de la fe, de la esperanza, de la caridad, la salud del alma iluminada con la luz del Amor. El Amor movía el alma del poeta. **Tutti li miei pensieri parlan d'amore**, pudo decir como el Dante de **Vita Nuova**.

El romanticismo, en su esencia íntima, fue una nueva actitud de la conciencia estética ante el mundo. El poeta se volvió sobre su mundo subjetivo, para auscultar sus voces, y sobre la naturaleza que le rodeaba, para vivir el alma de su belleza. Elevó su alma a lo infinito para descubrir lo misterioso, lo suprasensible, lo divino. En su amor ilimitado de belleza ansiaba unir la esencia antigua a la esencia moderna. Fausto se desposaba con Helena.

El siglo XIX fue en Europa y América el del renacimiento del lirismo, o sea de la expresión apasionada de sentimientos personales, de vivencias individuales. El lirismo se vuelve confesión poética. Es el yo que se liberta de la impersonalidad. Fue la rebelión de la pasión contra la razón, en alas de la imaginación.

Cuando Miguel Moreno llamó a su libro de elegías, escritas entre lágrimas, **Libro del Corazón**, acaso pensó en estas frases de Lamartine: "Los poetas buscan el genio muy lejos, siendo así que está en su corazón y que bastan algunas notas muy sencillas, arrancadas piadosamente de ese instrumento dispuesto por Dios mismo, para hacer llorar a todo un siglo."

Al inclinarse el poeta sobre su alma y su mundo se halla en plena naturaleza, al aire libre, lejos de academias, en donde siente, piensa y vive la vida profunda. Sus sensaciones tienen entonces la verdad y frescura de lo vivido y natural; sus visiones de la realidad se vuelven sensibles y concretas, en su misma transfiguración. Todo su lirismo se colora con los tonos de la vida. De esta nueva actitud, de esta nueva sensibilidad, debían brotar en la poesía el suprarrealismo, el nacionalismo.

Un carácter digno de ser observado y valorado en el lirismo de Miguel Moreno es su sinceridad y naturalidad. En Europa mismo, sobre todo en Francia, la escuela romántica se deformaba y degeneraba en artificio, en falsedad, en convencionalismo, por el pueril y loco afán de originalidad. La mueca y el atuendo del romántico francés trascienden a su lirismo, que se vuelve espejo de una máscara, sofisticación del alma humana, falsificación del arte.

Al morir la escuela romántica, a mediados del siglo XIX, como muere toda escuela por sus limitaciones y dogmatismos, dejó la herencia de la libertad y espiritualidad en el arte, y la vía abierta del lirismo.

Se volvió a descubrir la poesía en el alma y en la naturaleza. Por más que el hombre la sepulte bajo el polvo del materialismo y bajo el brillo del formalismo, la poesía humana y perenne no puede desaparecer del mundo, porque es impulso natural y profunda necesidad la creación de belleza. El hombre, en las grandes crisis, padece aquellos tremendos sacudimientos espirituales que le ponen al borde de lo infinito de su abismo interior, en donde se refleja lo infinito del abismo metafísico. Entre estos dos abismos, entre estos dos infinitos, en esta encrucijada del misterio, está fluyendo, siempre viva, la fuente de la poesía. La poesía no es otra cosa que intuición y expresión de lo espiritual, de lo misterioso, de lo divino en el mundo, en forma de belleza.

El lirismo sólo se halla por vía de introspección y de universalismo. El poeta, —todo arte es poesía—, es creador, a imagen y semejanza de Dios. Su vida es ciclo dinámico, movido por el amor, que trasciende del yo al cosmos, en ritmo eterno, en eterna creación. El hombre vuelve sobre sí mismo, sobre su conciencia, sobre su esencia cuando el dolor lo arranca de lo material y le hace caer de rodillas y juntar las manos para

la plegaria. La fuente de la plegaria es la misma fuente de la poesía, de la meditación, de la filosofía. El hombre, esencialmente espiritual, se ve siempre transido de la pasión de lo absoluto, acongojado siempre de ansia de evasión de la realidad a la suprarrealidad. Esto es el perenne romanticismo que no desaparece del mundo y que ha inspirado a los más grandes poetas de todos los pueblos y de todas las edades.

Miguel Moreno no sólo es el poeta que se vuelve sobre su alma, sobre el alma de su alma, sobre su conciencia, sobre su pueblo, sobre la naturaleza, sino también aquél que vuelve su espíritu a lo misterioso, a lo trascendental, a Dios, para cantarle humildemente, de rodillas, como un Fra Angélico de la poesía. Su poesía, así, se torna humana, total, cósmica, de un humanismo cristiano y universal. Todo esto constituye la noble ejemplaridad de la poesía de Miguel Moreno.

En estos momentos cuando en Europa esteticistas católicos y no católicos sienten la necesidad imperiosa de que el arte, la poesía deben volverse profundamente religiosos para salvarse de la crisis, de la disolución, de la muerte, podemos comprender el valor estético de la poesía de Miguel Moreno y comprender también la razón de la primacía de la poesía cuencana. La lira que Dios puso en las manos de sus poetas, para que canten la belleza y hermosura de la vida humana y divina, aun sigue sonando armoniosa.

Lo que da valor estético a la naturaleza es la hermosura que se revela a través de su belleza y se transfigura y se plasma en la belleza del arte. Hermosura sin belleza o belleza sin hermosura es incompletud y desarmonía. La vida humana es síntesis armoniosa de naturaleza y espíritu. La personalidad del poeta cuanto más rica es tanto más aporta al arte sus tesoros de experiencia vital, hermozeando y embelleciendo su obra, casi divina, de creación. Naturaleza y arte sólo son grandes cuando se animan con el soplo de vida del Creador, soplo que es el alma y espíritu que vuelven de aquellos imagen suya. El poeta no accede a la excelsitud del arte si no lleva en su espíritu el espíritu divino. El poeta grande, verdadero es esencialmente religioso, religioso con la naturaleza, con la humanidad, con Dios. Plegaria y poesía brotan de la misma fuente, como vaho de lágrimas hacia los cielos. El artista lleva en lo más secreto de su alma una llama de la potencia creadora de Dios, y esto lo eleva a la categoría de genio creador, a la grandeza del arte. Desconocer esta armonía de la naturaleza y del espíritu, de lo humano y de lo divino, de lo sensible y lo suprasensible es desconocer la profunda realidad del mundo, y, al menospreciarla, menospreciar el verdadero arte. Arte que no es la creación del hombre total es arte desequilibrado, empobrecido, abocado a la disolución, a la miseria del humanismo naturalista, a la tristeza del pesimismo, a la inmanencia trágica y dolorosa.

Miguel Moreno, el creador de la escuela de poesía cuencana, es el símbolo y la síntesis del alma cuencana, de la poesía de esta hermosa región, en donde se siente a la naturaleza, que ofrece sus senos con ternura de madre, y a Dios, que sonríe en la azul diaphanidad de sus cielos altos y profundos.

El poeta es mensajero de Dios, ángel de Dios que desciende a las tinieblas de la tierra para traernos palabras de luz y dejarnos estelas de luz. Palabras luminosas que iluminan las dudas, las noches de pasiones, las rebeldías de la razón con relámpagos de intuición, de esta sabiduría que brota del alma enamorada de lo maravilloso, de lo misterioso, de lo infinito, de lo absoluto, que vale tanto como decir, de lo divino. Mensajeros de Dios fueron en todas las edades los grandes poetas: los poetas de Israel, los hombres que vieron a Dios; los que presintieron a Dios, como Virgilio; los que encontraron a Dios en la selva obscura de su alma, como Dante. La poesía cuencana nació a la luz de un mensaje divino, con el canto ingenuo y puro de un ángel enviado de Dios, canto inimitable por brotado en un alma singular, ingenua y pura.

Hora es ya, a la luz de la psicología individual, de olvidarnos del lugar común de la crítica de establecer comparaciones entre poetas, y llamarlos a cuantos el Víctor Hugo, el Núñez de Arce, el Bécquer, el Gabriel y Galán del Ecuador. Cada

ser humano es un ser original, nuevo dentro de la psicología. Mucho más lo es el poeta lírico, que desciende al fondo de su alma, a la fuente de individuación, a sí mismo, en donde halla todo un mundo espiritual, hecho de vivencias propias que llevan el sello de su personalidad, la configuración de su espíritu. Miguel Moreno es Miguel Moreno, una personalidad singular, un poeta original, una voz nueva en el concierto de poetas del mundo.

En esta hora de retrospectiva, cuando volvemos el espíritu a lo pasado, debemos meditar en las causas de la supervivencia de su poesía, las cuales no son otras que las de la inmortalidad de la poesía perenne, de aquella poesía que fluye, en el curso de los siglos, como un raudal inagotable y poderoso de aquella esencia que brota del manantial del alma humana.

A lo largo del tiempo viene desarrollándose la querrela en el arte entre tradicionalistas y renovadores. Aquellos miran principalmente sus condiciones de existencia; éstos contemplan primordialmente su esencia pura. Esta contienda de clásicos y románticos no halla término ni solución armoniosa. No obstante, las corrientes renovadoras nacen y mueren como fugaces primaveras en el mundo del arte. Pasó el decadentismo y el socialismo, el neodecadentismo y el neosimbolismo, el naturismo y el futurismo, el creacionismo y el surrealismo. Lo que queda, como un progre-

so alcanzado, como una conquista realizada, es la poesía autónoma, que reina, independiente y libre, en su universo de ensueño, en donde lo espiritual se revela en la suprarrealidad.

Para acceder a estos planos suprasensibles, el poeta tiene que estar dotado de virtudes semejantes: sensibilidad fina y exquisita, para captar la hermosura sutil, recóndita, misteriosa del alma del mundo; imaginación penetrativa y creadora, para sumergirse en la suprarrealidad y construir los nuevos aspectos de este mundo estético.

La poesía, después de haberse alejado de sus fuentes naturales, tiende a retornar a ellas, a religarse con el alma profunda, con el alma de la naturaleza, con la divinidad, con lo trascendente, que están más allá del vidrio del arte. Es decir, se vuelve a la fuente de la poesía perenne, con alma moderna. Fuente que en todo tiempo es la vida afectiva, la imaginación creadora, propia del genio, que, enardecido y entusiasmado en momentos de pasión, intuye el espíritu puro de la poesía velada en todas las apariencias del mundo. La poesía es el comentario del alma a la emoción de maravilla que suscitan los seres y las cosas en el reino de las esencias. El cosmos espiritual, que accede al mundo del arte, no está sólo constituido de imágenes y de ideas, sino de sensaciones, afectos, sentimientos, emociones, pasiones, impulsos, intuiciones, que emergen y se sumergen en la conciencia, palpitan con el ritmo

de lo viviente, se iluminan y se obscurecen, nacen y mueren, como todas las criaturas. La síntesis mental, que es todo hecho espiritual, todo fenómeno de conciencia, es una totalidad que no se puede disociar ni analizar sin matar esta como criatura viviente, fresca y original, libre y alada que es el alma del lirismo, el contenido espiritual y hermoso del arte. Todo arte auténtico ha sido y será, por ley psicológica, esencialmente subjetivo y simbólico. El artista, como ser consciente, al ponerse en relación con el mundo, lo hace con su conciencia y por medio de la conciencia, en donde la naturaleza, como en espejos mágicos, aparece multiplicada, diseminada en símbolos.

El arte debió aparecer simultáneamente con el lenguaje en la conciencia. El lenguaje humano es la primera obra de arte de la imaginación creadora. ¡Cuántas bellas metáforas encierran las palabras, bajo el velo misterioso de sus formas!

Si nos detenemos a meditar en esta relación del espíritu con la naturaleza, en este mundo de la libertad y de la contingencia, hallamos en ella la clave de la perenne mutación del arte, no sólo en cada edad, en cada cultura, en cada generación, sino en cada artista, en cada momento de su vida. El arte y el artista están siempre en perenne fluencia. Así como un río no copia dos veces un paisaje, el alma del artista no copia dos veces la belleza del mundo. Su alma es tan fluida como el mar.

Si a una corriente artística se quiere detenerla, estancarla, limitarla, por amor a su belleza, se hace la pueril locura de querer poner diques al torrente. Pueril locura como ésta es la de imaginar que una nueva corriente de arte ha venido a realizar la aventura de Colón de descubrir un nuevo mundo, poblado antes de bárbaros. Pasan y pasan las corrientes de arte, los sistemas filosóficos y estéticos que las animan, como pasa la vida. Aun el mismo artista se cambia, se renueva en este fluir perenne de la vida. Si a esto se suma que en el placer estético sucede el mismo fenómeno de saciedad, de desencanto, de desequilibrio, de inacabamiento que en todo placer, se llega a ver la vanidad de corrientes y escuelas de arte; la vanidad de la belleza fijada, inmovilizada en el arte, como una mariposa, por un alfiler, en el muro. La cosecha de la ilusión de belleza y hermosura es siempre más pequeña que sus divinas, inasibles esencias.

De esta dolorosa experiencia de siglos nació en el alma del poeta contemporáneo el atormentado anhelo de plasmar en el arte la esencia pura de la belleza de la poesía, de la pintura, de la música, lo inefable que llamó el abate Brémond. Mas el arte se volvió pura forma, una bella pompa de agua sin contenido espiritual. Una belleza sin hermosura. Un vacío bello como el alma vacía de sus creadores. Tremendo símbolo del alma contemporánea es el arte puro. Lo demoníaco que aspira a ser angélico.

Toda escuela de arte, al volverse sistema rígido, fijo, estancado, se vuelve cárcel del arte, pantano del arte. Sólo lo salvan los artistas que rompen sus vallas, que lo dejan fluir libremente.

En toda Europa y América se siente hoy la necesidad de retornar a la naturaleza, a la espontaneidad, a la naturalidad, al alma, a la profundidad, a la fuente misma del arte, para salvar a la poesía de los lazos del racionalismo, que es quien la mata. El arte se deshumanizó en Europa porque también se deshumanizó el hombre.

La actitud del artista frente al mundo es singular en este siglo. El mundo de su cultura tiene un peculiar estilo de alma, caracterizado por el subjetivismo sensual que en ella se revela. Si buscamos, como Spengler, un símbolo que lo plasme, lo hallaremos en Narciso, Narciso que mira su imagen, su apariencia en el espejo, en la superficie del agua, y llamaremos cultura narcisista a esta cultura de egolatría y de fenomenología. El hombre, al hallarse en la existencia sin un sentido de profundidad, de trascendencia, vuelve la mirada sobre sí mismo, sobre el espejo de su alma, sobre las apariencias del mundo y descubre sólo la apariencia, que él cree que es la sola realidad, y así descubre la ilusión de todo, la inanidad de todo, el absurdo de todo, aun de la misma existencia. El artista, al mirar sólo la superficie fenoménica de las cosas, mira también exclusivamente la superficie del arte, y se queda

contemplando, angustiado, la apariencia y el vacío de su conciencia y del arte.

Aun no se sale completamente de esta época de crisis de la cultura. El arte, reflejo de la vida humana, presenta estos caracteres de crisis, de vacilación, de angustia, de desequilibrio, de agonia. No podía el arte librarse de la rebarbarización del mundo occidental. Su última filosofía, el existencialismo, que influye en las letras, es prueba de ello. Filosofía nihilista, desoladora y asoladora de todo valor espiritual, destruye la vida afectiva, de donde nace la alegría de vivir y el lirismo humano, profundamente humano.

Todo el arte de este siglo se caracteriza esencialmente por su deshumanización. No es ya el ser humano total, naturaleza y espíritu, que se expresa en el arte. Se odia toda tonalidad sentimental como una miseria humana. Se aporta sólo al arte una sensualidad exquisita y rara, pufa de emoción. El espíritu se vuelve exclusivamente sensual. Al buscar el arte puro, la esencia pura de la belleza, se halla sólo un fantasma de belleza contenido en otro fantasma de forma. Y todo se vuelve tan irreal, tan leve, tan fugaz, tan ausente, como una burbuja que un instante se irisa a la luz y se disuelve luego en la corriente. El arte moderno es una máscara, una paradoja. Ha querido espiritualizarse, volverse puro, no por amor del espíritu, sino por odio del espíritu. El reino del espíritu es todo lo humano, aquella fusión de

impulsos y pasiones, de afectos y sentimientos, de sensaciones e ideas, de fantasías e intuiciones, que nacen y viven en las sombras y en la luz del alma. Al menospreciar lo espiritual se ha menospreciado el lirismo como una debilidad y el arte se ha secado, se ha vuelto duro. La misma angustia ante la muerte, ante la nada, del alma moderna, es una angustia dura.

Todas las corrientes del arte moderno tienden a desaparecer rápidamente por imperio de las mismas leyes biológicas que rigen lo histórico, sujeto a un ciclo vital, imposible de ser fijado en un sistema cerrado. La vida de la cultura está siempre abierta a la evolución, al nacer, florecer y morir. Y cierran más pronto su ciclo cuanto menos equilibrio ofrecen sus elementos naturales y espirituales.

El arte es producto de la naturaleza, penetrada de espíritu, y, por influencia del espíritu, es voluntad libertadora. Esta voluntad artística y libertadora va resurgiendo vigorosa en el mundo occidental. Al individualismo narcisista se opone el universalismo, humanismo total de plenitud vital, en todos los órdenes de la cultura. Todas aquellas consecuencias del individualismo, en arte y filosofía, irán cediendo el campo al universalismo espiritualista. Sólo lo humano, lo armoniosamente humano, tiene garantía de larga vida. Con este sentido de lo humano sólo puede ponerse térmi-

no a la querrela de tradición y de invención, de existencia y de esencia en el arte.

En este sentido de lo humano está el secreto de la vitalidad de la poesía de Miguel Moreno. Quienes vivimos en provincia, en la paz de la naturaleza, más cerca de la naturaleza, más cerca de lo humano y lo divino, no podemos comprender, en toda su realidad profunda, la crisis espiritual de Europa, llevada a su culmen por las dos guerras mundiales. El clima espiritual de Europa fue entonces, y lo es todavía, de una atmósfera asfixiante, que se levanta sobre un pantano. Aquella alma dolorosa, amargada, descentrada, difícilmente podía sentir la libertad y liberación, la fruición y entusiasmo de la creación del arte grande y humano. La sensibilidad artística sufría ya desde antes el debilitamiento de la sensibilidad general, causada por el exceso de civilización. Sólo el genio superior podía evadirse de esta vida, de este mundo revuelto y absurdo, y acceder al clima de la creación de arte. El existencialismo de Sartre refleja completamente el clima espiritual del alma en crisis, de aquella insatisfacción del ser humano, de aquella desadaptación a la inmanencia y trascendencia que engendra tristeza y angustia, tanto más honda cuanto que la conciencia aspira todavía a lo infinito.

¡Qué noble lección de vida, de sentido de la vida, comporta la poesía trágica de Miguel Moreno, del poeta que supo padecer humanamente

y sufrir divinamente la tragedia de su vida, con grandeza de espíritu, en medio de la cruel adversidad! Es la grandeza de la religión cristiana lo que hace la grandeza de la poesía. Estar en armonía con el mundo, consigo mismo, es la correspondencia dialéctica de estar en armonía con Dios.

El mundo poético de Miguel Moreno es pequeño cuantitativamente; pero es un cosmos completo de suprarrealidad y espiritualidad, de idilio y tragedia, de encanto y misterio, de lo humano y lo divino. En él palpita, animado aún con el aliento de su creador, aquel grupo femenino de niñas, de adolescentes, de mujeres, cuya psicología amorosa, por primera vez en la poesía ecuatoriana, interpretó él en el arte. Ninguna figura más amable y encantadora en este diminuto mundo que la de Elina, que se va muriendo, víctima de un desamor; amable por el velado encanto del amor y del dolor, velado entre velos de pudor y de silencio, que tanto amaba el poeta. Este gusto por la sugerencia, por la vaguedad, por la delicadeza aprendió en el ambiente espiritual de su hogar y en el ambiente de la hacienda paterna, de aquellos paisajes nórdicos donde las cosas se esfuman bajo velos de nieblas. En este mundo poético cobra grandeza de heroína la hermosa figura de Dora, la esposa del poeta, engrandecida con todas las virtudes de belleza del cristianismo, con todos los encantos de la imaginación amorosa. Al fondo divagan, veladas, secretas, otras dos

figuras femeninas: Clorinda, llamada más tarde Moraima, la primera amada del poeta, la que fue a ocultar su desencanto de amor en la paz de un convento; Elisa, la fugaz amada extranjera, la que llora de no ser amada.

Alma y naturaleza cobran en el mundo poético de Miguel Moreno nuevos aspectos; se puebla de seres y cosas nuevos, de nuevos sentimientos. El sentimiento de belleza y hermosura se enriquece en su dominio artístico bajo el influjo de sus dones naturales, imaginación penetrativa, como entendía Ruskin, y endopatía. Toques breves, pero reveladores de su amor de la naturaleza, de paisajes salvajes y misteriosos, demuestran su sensibilidad de alma moderna. El sentimiento trágico de la vida da a su poesía aquella turbadora hermosura de las rosas, que ocultan la muerte en sus senos; de la primavera, que es el velo florido y fragante de la muerte. En el amor sentía, palpitantes, la muerte y el olvido; en la dicha, el presagio de la desdicha; en la vida, el presagio de la muerte. Era la inquietud del alma romántica que se asomaba en su conciencia.

La vida del genio lírico es una tragedia oculta, cotidiana, intensa en que él mismo es su héroe. En el fondo de sus poemas late un padecimiento, tanto más profundo cuanto más se vuelve sufrimiento. En esta lucha del espíritu y de la naturaleza en la vida y en la obra del poeta, el contemplador estético no se da cuenta de esta agonía en

que lentamente se destruye el cuerpo; ni de la exacerbación del sentimiento que se vuelve tan delicado, que el más ligero choque del mundo lo conmueve; ni de la fineza de la imaginación que penetra sutilmente en las tinieblas y profundidades del alma propia y del alma ajena de seres y cosas.

La grandeza del genio lírico está en la victoria de su personalidad y de su arte, por influencia y vigor de su fe en los ideales de la vida espiritual y estética, en la verdadera grandeza de la vida y del arte, que son combate y victoria.

En este oculto sentido de lo humano y lo divino está el secreto de la vitalidad de la poesía de Miguel Moreno. Al celebrar su centenario aun encontramos calor de entraña cordial, ternura de alma en sus poesías, porque el poeta supo salirse del pequeño círculo del yo al ámbito infinito de la humanidad y de Dios con su espíritu noble, que veía en el hombre un hermano, en la tristeza callada un dolor oculto que remediar y en el arte un mensaje divino. Aun más, el misterio de la poesía de Miguel Moreno, llena de amor, de humildad, de caridad, está en su amor de Dios. Dios fue para el poeta cristiano el manantial de aguas vivas de su inspiración. Pudo decir Miguel Moreno, desde lo profundo de su alma, como Raissa Maritain:

Toutes les sources sont en toi
De la musique de la foi
De la poésie.

La source de vie en ton sang
En tes lois les fondements
De toute harmonie. (3)

Al conmemorar el centenario del nacimiento de Miguel Moreno, de este poeta que es en el Ecuador el símbolo de la renovación de la poesía lírica, del retorno a las profundidades del alma, al amor de la naturaleza, al sentimiento de lo misterioso y de lo divino, debemos meditar en el lirismo, en la crisis espiritual que lo afecta, en su destino, en su misión, en la necesidad de renovar la poesía. Y, sobre todo, debemos comprender, más que comprender, intuir que la creación poética, como toda creación artística, es un misterio de la psicología, un fenómeno extraordinario, maravilloso que brota en la subconciencia con el ímpetu de fuerza metafísica, y se ilumina al resplandor de luces misteriosas, y se baña de gracia, y se viste de belleza y hermosura en aquellos momentos de inspiración que tienen la sublimidad de los momentos místicos, momentos de unión del alma profunda con el Espíritu de la belleza del mundo; momentos en que el poeta siente en sí la participación de la divinidad; estados de poesía, estados supremos de plenitud.

Ahora, cuando miramos la vanidad de los ismos, la caducidad de las corrientes artísticas, que en el retardo de nuestro mundo literario se imaginan algunos que aun viven; cuando contemplamos el

(3) Raissa Maritain, *La Vie donnée*. Paris, 1935.

retorno de la poesía a sus fuentes originales, como actualmente sucede en España: debemos salvarnos de la crisis espiritual, de la crisis del arte, humanizándonos y humanizando el arte, armonizando su esencia y existencia, retornando al mundo de nuestra cultura tradicional, comprendiendo la razón de ser, el valor y la misión del arte. El genio jamás pierde su fe en el arte.

Miguel Moreno se levanta en nuestra nación como un símbolo de la poesía perenne, de aquella que, a pesar de vacilaciones y negaciones, de dudas y veleidades, vuelve a surgir libre en el alma humana, en el dolor del mundo, como una necesidad de belleza, como un impulso estético y genial de amor, de unión, de armonía con la naturaleza y con el espíritu, como un consuelo en la existencia, como exaltación vital, como enriquecimiento del mundo espiritual, como una orientación en el misterio, como un mensaje divino.

El arte, como forma del espíritu, está dialécticamente ligado con las demás formas de la cultura. La poesía es la flor de la vida, la flor de la cultura. Es la forma espiritual suprema en que se resumen y armonizan las demás formas especulativas del espíritu, por medio de la intuición y de la expresión estética.

El objeto del arte es la belleza de la naturaleza y la hermosura del reino del espíritu. El arte de-

clina y muere cuando no afirma la realidad y síntesis de la naturaleza y del espíritu, de su belleza y hermosura, de su inmanencia y trascendencia.

El arte no morirá, en tanto haya en el mundo una cultura espiritualista y haya un genio que sienta en lo íntimo de su alma la exaltación de la belleza y la hermosura, hasta el punto de sentir que suben a los ojos lágrimas divinas y brota el canto en el alma del alma. La poesía son las lágrimas de emoción divina transformadas en cantos.

MANUEL MORENO - MORA.



clina y muere cuando no afirma la realidad y sin tesis de la naturaleza y del espíritu de su belleza y hermosura de su permanencia y trascendencia.

El arte no muere en tanto haya en el mundo una cultura espiritualista y haya un genio que sienta en lo íntimo de su alma la exaltación de la belleza y la hermosura hasta el punto de sentir que suben a los ojos lágrimas divinas y brota el canto en el alma del alma. La poesía son las lágrimas de emoción divina transformadas en cantos.

El arte es el espíritu que se eleva y se eleva en el mundo como un impulso estético necesario para el alma que anhela la armonía de la vida y la armonía de la existencia como una exaltación vital, como un enriquecimiento del mundo espiritual, como una orientación en el mundo como un mundo vivo.

MANUEL MORENO-MORA



El arte, como forma del espíritu, está disociado del mundo con las demás formas de la cultura. La poesía es la flor de la vida, la flor de la cultura. Es la forma espiritual suprema en que se resumen y armonizan las demás formas especulativas del espíritu, por medio de la intuición y de la expresión estética.

El objeto del arte es la belleza de la naturaleza y la hermosura del reino del espíritu. El arte de-

SABADOS DE MAYO

NO LAS MIRESI

Ay, no mires a las niñas,
a las niñas inocentes,
con miradas que revelan
un afecto que no siente
tu corazón, hace tiempo
cautivo ya de otras redes,
si las sigas con los ojos
cuando traes los ojos
para miradas de nuevo,
te revolverás, porque teme
que sus curvas miradas
con tus miradas se encuentren,
y entre el gozo de sus vistas
y el rubor que las enciende,
manciles sus corazonas,
se vuelvan como inocentes.

SABADOS DE MAYO

... que las miras, pues las niñas
señalan un camino que va
ideal, claro, de eso, que va
con el que es su pecho aliento
no sé qué miras sin nombre,
suspensa y se enlazarán
ideal con el que están sup
desconocidos planes, naciendo
ideal, que se encuentran bien
y
que el cristal de la luz
o el través de la mirada
que ilumina el sol por el
ya en esos ojos, que se
con que el alma se embellece
ya en su propia
Y en la propia
Por que
de un algo que
I
de un algo que

Ay, no mires a las niñas,
a las niñas inocentes,
con miradas que revelan
un afecto que no siente
tu corazón, hace tiempo
cautivo ya de otras redes;
ni las sigas con los ojos,
ni cuando tras ti las dejes,
para mirarlas de nuevo,
te revuelvas, porque teme
que sus curiosas miradas
con tus miradas se encuentren
y entre el gozo de ser vistas
y el rubor que las enciende,
mancilles sus corazones,
sencillos como inocentes.

¡No las mires!, pues las niñas
acarician un perenne
ideal color de rosa,
con el que en su pecho sienten
no sé qué anhelos sin nombre,
suspiran y se entristecen;
ideal con el que sueñan
desconocidos placeres,
ideal que encontrar piensan
tras el cristal de las fuentes,
o al través de la arboleda
que ilumina el sol poniente;
ya en esos rojos celajes
con que el alba se embellece;
ya en los nidos, ya en las flores,
y en todo cuanto conmueve
su corazón, ambicioso
de un algo que no comprenden.

¡Pobres niñas, pobres niñas!
sin duda por eso, alegres,
siembran flores, crían aves,
y ruborosas inquietan
por el nombre de ese joven
que, al ir por su calle, siempre
las saluda, las remira,
se sonríe y se revuelve
de allá lejos, de la esquina,
en donde airoso se pierde,
robándoles con los ojos
esa paz que a su edad sienten.
Desde entonces, pobrellas,
se desvelan, se entristecen,
y en íntimas confidencias,
se dicen tímidamente:

—¿Por qué me mira ese joven?...
y por qué yo siento al verle
un algo que me atormenta,
me ruboriza y conmueve?...
¿Quién es él, corazón mío?...
Cuéntame por qué le temes,
por qué cuando no le miras
quisieran con ansia verle,
y, si le ves, al momento
temblorosa te arrepientes,
y si se va sientes pena,
suspiras y desfalleces?...
Y tú que así me interesas,
pues tu vista me conmueve,
joven de mirada amable,
¿quién eres, dime, quién eres?
¿Por qué misterioso arcano,
al mirarnos de repente,
mientras yo me ruborizo,
tú, temblando, paldeces?
¿Por qué haces que solitaria,
con tristeza te recuerde,
y venga tu hermosa imagen
a turbar mi sueño siempre?...
¡Ay, de ese constante anhelo
que, sin combatir, me vence,
que no quisiera sentirle,
que no quisiera perderle!
¡Ay de mi paz de otros días!
¡Ay de mi inquietud presentel
¡Ay de la amarga congoja
de mi madre si la advierte!—

... II

¿Escuchas, amigo Ernesto,
cuál se quejan tristemente
las desventuradas niñas
a quienes amor las hiere?
¿Y piensas cuál lamentara
esa niña, si supiese,
que, sin amaría, tan sólo
la estás asechando, aleve?
Y ¿qué harás, cuando algún día
apasionada te ruegue
realices las ilusiones
que le ofrecieron infieles
esos ojos expresivos
con que tu audacia le miente?

¡Ayl, no las mires, Ernesto,
pues si un día te arrepientes,
¿cómo apartarás sus ojos
de los tuyos?, pues entiende
que en un corazón sensible
no se apagan, nunca mueren,
ilusiones y esperanzas
que el primer amor enciende;
y si viene el desengaño,
al recuerdo languidece
de una historia que desecha,
aunque olvidarla no puede.

¡Ay, no las mires!, prefiero
que la luz el sol te niegue,
antes que a esos corazones
incautos les tiendas redes,
en las que, amores soñando,

presto caen, presto mueren.
¡Ay, por Dios!, nunca las mires,
pues las niñas inocentes
son como mansas palomas
que, en torno a la Virgen, suelen
congregarse y su alma pura
aleteando ofrecerle.
Pero tal vez si alevoso
ese palomar sorprendes,
y a una tímida paloma
la ahuyentas y cruel la hieres,
entonces, ¡ay, pobre Ernesto,
tiembla las iras celestes
y los celos de aquella otra
niña, a quien de veras quieres,
que, ¡ay de tí!, saldrá llorando
de tu pecho para siempre...

melancólico la fel
maclento y paraisivo,
juen simpéuto está
que así le dice a un carter
de Cuenca, listo de año
—Como que vas y vuelves
por caminos del Asney,
allonde, wiste presento,
ya no he de volver jamás;
di, ¿qué vides de mi Cuenca?
en el último arrabal
en una casita blanca
que a orillas del río está,
coronada de un molino,
perdida entre un albar?
—Des días ha que saliera
de los vally del Axuey,
yo vi del río a la margen

la casa de que me habláis,
coronada de un molino,
perdida entre un alisar.
—Está bien, ¿pero no viste
en ese sitio algo más?
—Os contaré, pobre joven,
que vi, una tarde, al pasar,
una niña de ojos negros
y belleza angelical,
toda vestida de blanco,
vagando en el alisar...
—¡Ay!, no te vayas, correo,
por Dios, suspende tu afán;
tú, que dichoso visitas
las calles de mi ciudad,
aunque estés de prisa, dime
de esa joven algo más.
—Caballero, cual los vuestros,
cual los vuestros eran, ¡ah!,
los ojos encantadores
de esa niña del Azuay;
tras de unas negras pestañas,
como el sol que va a expirar,
velado por densas nubes
que enlutan el cielo ya,
melancólicos, a veces,
miraban con grande afán
a todos los caminantes
que entraban a la ciudad.
Pobre niña, pensativa,
cubierta la hermosa faz
con sombras de honda tristeza
y una palidez mortal,
otras veces contemplaba
las hojas del alisar

que, arrastradas por el río,
no volverían jamás.
Pobre niña, no lo dudo,
estaba enferma, quizá
ese momento se hallaba
pensando en la eternidad.
—¡Ay!, mi correo, correo
tan veloz en caminar,
tú que dichoso transitas
por donde mi amor está,
dime, por Dios, si supiste
de esa joven algo más.
—Cuando una vez de mañana
paseábase en la ciudad,
vi esparcidas por el suelo
rosas, ciprés y azahar,
que formaban un camino
que, yendo desde el umbral
de una iglesia terminaba
en la casa de que habláis.
Luego escuché en su recinto
el tañido funeral
de una campanilla, y luego
de la salmodia el compás,
y olor de incienso espiraba
el ambiente matinal...
—Dime, amigo, ¿no supiste
quien se iba a sacramentar?
—Una niña a quien llamaban
por su nivea hermosa faz,
porque de blanco vestía,
¡La Garza del Alisar!
—¡Oh! ¡Basta, basta, no sigas!
Es ella... ¡Suerte fatal!...
¿Y ha muerto?... —Era la noche

cuando dejé la ciudad.
"Olor de cera y a tumba"
percibi en el Alisar...
—¡Valor! No tiembles, termina...
¡Mi suplicio es sin igual!...
—¡Infeliz! Yo vi las puertas
de la casa... —¡Acaba ya!...
—Con un negro cortinaje,
abiertas de par en par...
—¡Bendito seas, Dios mio,
acato tu voluntad!
Ella muerta, yo entre tanto
proscrito, enfermo, jamás,
jamás veré aquellos ojos
que empezaban a alumbrar
mi camino... nunca, nunca,
sino allá en la eternidad.

¡CANTABA, PERO CALLO!

En esa casita blanca
que, a la falda de un peñón,
medio oculta entre un ramaje
de limoneros en flor,
parece un copo de niebla
que descuidada dejó,
enredado entre las ramas,
el aura al pasar veloz,
vive una niña morena,
de sensible corazón,
de alma tierna y entusiasta,
y dulce y sonora voz.

Aquella niña graciosa
a quien recordamos hoy,
todas las tardes solía,
cuando se ocultaba el sol,
entonar desde su huerto
las notas de una canción
lánguida, triste y sentida
como un suspiro de amor,

como una queja del alma,
como un ¡ay! del corazón.

¡Pobre niña! Cada tarde
cantaba, pero calló
de repente, y ya no se oye
su melancólica voz,
resonando entre las quebras
de aquel tétrico peñón,
donde tal vez tiene oculto
la niña un nido de amor...
¡Ay!, pero no, ¡pobre niña!
callemos...; libreme Dios
de arrancar algún secreto
clavado en su corazón;
repetiré solamente:
¡Cantaba, pero calló!...

Pregunté a las aldeanas
que viven al rededor
de la casa en donde mora
la niña de dulce voz,
por qué guardaba silencio
la cantora del peñón,
y me dijeron con pena
y cubiertas de rubor:
"Fue, sin duda, que atraído
por la melodiosa voz
de la niña que cantaba
al ver moribundo el sol,
vino del cercano valle
un airoso cazador,
quien, por las tardes rondando
la casita del peñón,
con miradas seductoras

y con promesas de amor,
a la niña dejó herida,
herida del corazón...
Vino Mayo con sus flores,
y Mayo se fue veloz,
pero a ver ya no volvimos
al ingrato cazador.
Y muchos meses pasaron,
y un año entero pasó,
y en vano esperó la niña
al objeto de su amor.
Y hoy sin fe, sin esperanza,
escondida en su mansión,
se va muriendo, muriendo,
víctima de un desamor.
¡Pobre niña, pobre niña,
cantaba, pero calló!...

"Poeta, que en nuestros valles,
de tu triste lira al son,
vas cantando las historias
de las niñas que de amor
se mueren, te suplicamos,
por quien de tu corazón
es la dueña, que de Elina
tan sólo digas, por Dios:
"En una casita blanca,
a la falda de un peñón,
tiempos ha vivió una niña
que con argentina voz,
todas las tardes cantaba,
¡cantaba, pero calló!..."

Y con promesas de amor, como
a la niña dejó herida, en como
herida del corazón...
Vino Mayo con sus flores;
Y Mayo se fue volando, volando
pero a ver ya no volvieron al
el ingoto caído. Y cuando
Y muchos meses pasaron
y un año entero pasó, luego de
y en vano espotó la niña
al objeto de su amor, sin el
Y hoy, sin la sin esperanza,
escondida en su montaña,
se va murmurando, murmurando
víctima de un destino cruel;
¡Pobre niña, pobre niña,
cantaba, pero cantaba!

"Posta que en nuestro valle,
de la trinidad al templo, que
vos contaba las historias de
de las niñas que de amor
se murmuraban, que
por quien de la corazón
es la duena, que de Elinor
tan sólo digas, por Dios
"En una casita blanca,
a la loba de un pedregal, el
tiempo le llevó una niña
que con su madre, que
todas las tardes cantaba,
cantaba, pero cantaba,
candor volaba al sol,
todas las tardes
cantaba, pero cantaba."

como amoroso, constante,
por un ángulo blanco,
de los brazos. Luz,
candor volaba al sol,
todas las tardes
cantaba, pero cantaba,
candor volaba al sol,
todas las tardes
cantaba, pero cantaba."

LA NOVIA DEL SARGENTO

Como esconden cuidadosas
en lo espeso del ramaje
su nido de hojas y musgo
las solitarias torcaces,
así, al pie de una montaña
y en el término de un valle,
la pobre Luz tiene oculta,
entre árboles seculares,
una casita de paja,
donde vive con su madre.

Unica hija de un alférez
que murió en cierto combate,
no quedó la pobre niña
con cuantiosas heredades;
pero, en cambio, cultivaba,
labradora infatigable,
un jardín, con su cercado
de rosados amancayes,
y en el corazón afectos,

como amorosos, constantes,
por un sargento bizarro
de los bizarros Tulcanes.

Afanosa jardinera,
regaba todas las tardes
a las flores con el agua
de un arroyo murmurante,
y a su pasión con el llanto
del amor; pero fue en balde,
en balde, pues cuando estaba
ya muy cercano su enlace,
y anunciaban a Diciembre
los primeros amancayes,
soñando gloria, a campaña
salió el sargento, y de tarde,
a la hora en que hacia los nidios
van diligentes las aves,
y las auras y los vientos
pasan sollozando errantes,
de la aldeana en el huerto,
en despedida inefable,
se separaron temblando
los desgraciados amantes.

¡Ay, pobre Luz! Desde entonces,
pálido y triste el semblante,
llena de inquietud vagaba
de un punto hacia otro del valle,
averiguando afanosa
las maniobras y los lances
del ejército do estaba
el sargento Campomanes.
Cada mañana iba al pueblo,
donde a la Virgen del Carmen

le ofrendaba entre sollozos
un fresco ramo de amancayes,
húmedo con el rocío
de sus lágrimas constantes,
y no volvía a la casa
mientras el cura del valle
no le diese las noticias
de los partes militares.

¡Infeliz! Era de verla
fatigada por las tardes
caminar a la colina
que trasmontara su amante,
imaginándose acaso
que estaba yendo a encontrarle.
Y soñaba por la noche,

soñaba con el cadáver,
tinto en sangre, del soldado
a quien no hallaba de tarde.

¡Ay del amor si se aleja!

¡Ay de las niñas amantes,
a quienes les cupo en suerte
amar a los militares!

Sobre la verde colina
estaba Luz una tarde
llena de afán, contemplando
el camino real del valle,
cuando miró de repente
a lo lejos destacarse
de entre una nube de polvo

un jinete, que al escape
venía por el camino
que corta el valle en dos partes.

—¿Será él?... —exclamó entonces
la infeliz al divisarle.

Y después, enajenada
por un placer inefable:

—¡El es, él es! —exclamando,
corrió veloz a encontrarle.

—Iba, Luz, a vuestra casa;
soy conductor de un mensaje
que para vos me ha encargado
el sargento Campomanes.

Señora, tiemblo deciros... Y
pero, ¿qué hacer?, escuchadme:
Tres días ha combatimos
en ese funesto Galte;
nos portamos con bravura,
como siempre, los Tulcanes;
un tiro, luego otro tiro,
veinte pasos adelante.
Ya el enemigo cejaba,
ya nos creímos triunfantes.
Todo nos sobró, señora,
ese día memorable,
pero nos faltó ventura
y perdimos el combate.
Cayeron muchos valientes,
gritando al caer: "¡Avancen!"
y entre ellos cayó matando
mi sargento Campomanes.
Una bala hirió su pecho
valeroso como amante;

yo lo tuve entre mis brazos
en sus últimos instantes;
me dió entonces esta cartera
salpicada con su sangre,
y, con voz entrecortada,
me dijo así al entregarme:

"Por si el Señor te concede
regresar a nuestro valle,
y contemplar venturoso
entre los bosques, humeante,
una casita de paja
con un jardín de amancayes,
lleva, amigo, este recuerdo
a esa joven, a quien sabes
que la amé desde la infancia
con amor siempre constante...
¡Ay, dile que no me olvide!...
¡Ay, dile que no me aguarde!..."
Dijo y después, balbuciente,
quiso hablar más, pero en balde,
¡porque la muerte dejome
en los brazos su cadáver!
De vuestro novio el recuerdo
tomad, y que el Cielo os guarde.
Bien quisiera detenerme,
pero me espera mi madre...
¡Adiós, adiós, desdichada!
¡Adiós, que el Cielo os ampare!
Dijo el soldado, y lloroso
tornó riendas, y al escape
internóse en la espesura
de una arboleda distante.

Presto una lóbrega noche
 siguió a esa funesta tarde,
 y cubriéronse de sombras
 las montañas y los valles,
 y la desgraciada niña,
 dando al Cielo amargos ayes,
 fué a caer, moribunda,
 en los brazos de su madre,
 exclamando entre sollozos
 con expresión inefable:
 —¡El ha muerto! Hanse cumplido
 mis presentimientos, madre.
 ¡Ay, dice que no le olvide!...
 ¡Ay, dice que no le aguarde!...

EL LIBRO DEL CORAZON

AMOR ADSENTE

Yo soy así (Me gustan los enigmas,
 lo que se halla en la sombra)
 Por eso sé bien a Dios en sus misterios
 con reverencia adora.

Yo soy así (Me encuentro enojado
 en los ojos de una hiedra, ciego sobre
 contemplo a todos los días)

Y, no obstante, la virgen de mis sueños
 no me ve padecer,
 ni sabe que, mirando su retrato,
 ¡mi alma le adora a solas!

EL LIBRO DEL CORAZÓN

Este libro del corazón
que en el mundo se
y cubren con
y la desgracia
dando al Cielo
fuerza a la
en los brazos
estirando
con
—¡Ay, dice que no le
¡Ay, dice que le
...

CONTRASTES

AMOR AUSENTE

¡Yo soy así! ¡Me gustan los enigmas,
lo que se halla en la sombra!
Por eso mi alma a Dios en sus misterios
con reverencia adora.

¡Yo soy así! ¡Me encuentro aprisionado
en redes misteriosas;
en los ojos de una hada, cuyo rostro
contemplo a todas horas!

Y, no obstante, la virgen de mis sueños
no me ve pudorosa;
ni sabe que, mirando su retrato,
¡mi alma la adora a solas!

AMOR AUSENTE

Yo soy así ¡Me gustan los enigmas,
lo que se halla en la sombra!
Por eso mi alma a Dios en sus misterios
con reverencia adora.

Yo soy así ¡Me encuentro emocionado
en todos misterios;
en los ojos de una hada, en el rostro
contemplo a todas horas!

Y no obstante, la vígen de mis sueños
no me ve pudorosa;
ni sabe que, mirando su retrato,
mi alma la adora a solas!

CONTRASTES TEMORES

Aquí el arroyo cámbiase en torrente,
la tarde en noche umbría,
y las risueñas verdinegras frondas
en hojas amarillas.

Allí la bella rosa en polvo vano,
en aquilón la brisa,
y en témpanos de hielo de la fuente
las bullidoras linfas.

Allá la juventud en vejez triste,
en eco la armonía,
y las ligeras irisadas nubes
en densa lluvia fría.

¡Que todo cambia en el volar del tiempo!
Si nuestro amor es vida,
¡DORA, tiembra al pensar lo que en el alma
tras él nos quedaría!

CONTRASTES

¡Qué el arroyo cambie en torrente,
la tarde en noche umbría,
y las riuillas verdinegas fondeen
en hojas amarillas.

Allí la bella rosa en pájaro vano,
en equívoco la brisa,
y en tempestad de hielo de la fuente
las bulliciosas hielas.

Allá la juventud en vejez triste,
en eco la memoria,
y las ligeras trizadas nubes
en densa lluvia fría.

¡Qué todo cambie en el volar del tiempo!
Si nuestro amor es vida,
¡DORA, templa el pecho lo que en el alma
trae el voz quebrado!

¡AY, DORA, corazón mío,
que por mi amor te consumas!
¿Quieres ser dióscora? ¡Temblad!
No me miro, no me besas,
canta el corazón y el alma,
por yo temo que se entienda
lo pasión, las esperanzas,
y te mueras si en la cumbre
de nuestro amor nos espere
la ilusión... ¡rosas azules!

CANTA

TEMORES

¡Sientate, temblad!
Ven, te acompañaré con raras
tan hermosas, rubias rosas.
Con lágrimas en los ojos
y en el alma pesadumbres,
pensando en tu amor y el mío
con presentimientos lúgubres,
asciendo, DORA, una tarde
hacia una empinada cumbre.
De repente, cerca de ella,
mis tristes ojos descubren
un precioso ramillete
de frescas rosas azules,
que las corolas despliegan
y que los estambres lucen.
Corro hacia ellas anheloso,
jadeante escalo la cumbre,
y llego y voy a tocarlas,
y al punto las rosas huyen.
¡No eran rosas, sino un grupo
de mariposas azules!

¡Ay, DORA, corazón mío,
que por mi amor te consumes!
¿Quieres ser dichosa?... ¡Tiembla!
No me mires, no me busques,
cierra el corazón y el alma,
pues yo temo que se enturbien
tu pasión, tus esperanzas,
y te mueras si en la cumbre
de nuestro amor nos espera
la ilusión... ¡rosas azules!...

TEMORES

Con lágrimas en los ojos
y en el alma pasadurías,
preguntando en tu amor y el mío
con pensamientos ligeros,
¿dónde, DORA, una vida
hecha en una cumbre,
la que te espera, cerca de ella,
con tantos ojos descubiertos
un precioso ramillete
de flores y rosas azules,
que las corolas despliegan
y que los pétalos lucen
como lámparas sencillas,
¿dónde, DORA, una vida
y el punto del amor,
¿dónde, DORA, una vida
que sean cosas sino un tiempo
de mariposas azules!

—Dónde, DORA, una vida,
con una vida de amor,
y el punto del amor,
¿dónde, DORA, una vida,
que sean cosas sino un tiempo
de mariposas azules!

CANTA

¡Siéntate, DORA, a mi lado!
Ven, te compondré esos rizados
tan hermosos, rubia mía.
¿Te sientes feliz?...
—Te digo
que si así corren las horas,
la vida es un paraíso.
Cuando novia me decías
que yo era tu musa, el ritmo
de tu canto. Hazme dichosa,
¡cántame, trovador mío!
—Este corazón que tiembla
con amorosos latidos,
es mi lira, que es la tuya;
llégate, ponla al oído
y sabrás lo que ella dice;
yo haré lo mismo contigo.
Dos corazones que se aman,
dos palomas en un nido,
se están arrullando amantes,
se cuentan secretos íntimos.

—¡Qué violentos nos palpitan
los corazones!
—¿Qué han dicho?
—¡Ay qué tiernos tus cantares!
—¡Ay qué castos tus idilios!
—¡Siento olor de madre selvas!
—¡Yo el de azucenas aspiro!
—¡Cantemos amor por siempre,
y al nido, al repuesto nido!
—¿Y dónde lo ocultaremos?
—Donde tú quieras, bien mio.
—En el bosque silencioso,
en este alisar vecino;
que este arroyo solamente
separe tu hogar del mio.
¡Nos será dulce la vida
en torno a seres queridos!
Pero ¿por qué te sorprendes
y exhalas hondo suspiro?...
¿No es ya en mi casita blanca
y a la sombra de sus pinos,
y en el verdor de este llano,
y a la margen de aquel río
donde hemos soñado juntos,
de mis padres al abrigo?
—Verdad, DORA, de mi vida;
pero ¡cuán triste este sitio!
Da la voz el Tomebamba,
y todo corrí al abismo,
a ese saucedal distante,
donde el torreón blanquecino
de la mansión de los muertos
lejos atisba sombrío.
Sopla el viento de la sierra
y sacude los alisos,

roba el perfume a las flores
y los nidos echa al ríol
Mira ese lugar agreste
y tan cerca ese molino.
Aunque nubes de palomas
le circundan, ¡qué sombríos
funestos presentimientos
trae al alma su ruidol

—Pues busca una incommovible
roca de férreo granito,
si, contra el tiempo, ha de darnos,
cual madre, seguro asilo.

—No, jamás! La airada muerte
al contemplarme contigo,
toda primavera y vida,
me tendrá piedad.
Elijo
el alisar que te gusta
para ocultar nuestro nido,
el huerto de mis amores,
el palomar de mis hijos...

ven, ocúltate en la fronda
 del alisar, DORA mía.
 ¡Cómo tuesta el sol de Enero!
 ¡Cuán intensa la canicular!
 Dame a beber en tus manos—
 de esa agua espumosa y limpia,
 de esa que al quebrarse lanza
 tenues gotas cristalinas.
 Quiero refrescarte el rostro;
 te revientan las mejillas.
 Pero no, que así rosada,
 exuberante de vida,
 quiero verte, que no pálida
 rosa de cien hojas mía,
 como estuviste la noche
 que de entre mis brazos te ibas.
 Corazón, di, ¿qué presientes?
 ¡Ay alma, ¿por qué suspiras?
 Presto el acorde te viene
 Mas, ¿en dónde nuestros hijos
 están? Y la pequeñita,
 ¿es tan traviesa?

—En el río
 buscando están piedrecillas.
 Pero no temas, Horcena,
 está a su cuidado: mira,
 de piedra en piedra saltando
 se van por el cauce listas.
 ¡Qué bella mi primogénita!
 Parece una princesita.
 ¡Y no es menos bondadoso
 el que ha de heredar su lira,
 —¡Ay, es hijo de mi vial!
 Y los otros pequeñuelos
 de do

EN EL NIDO

Ven, ocúltate en la fronda
 del alisar, DORA mía.
 ¡Cómo tuesta el sol de Enero!
 ¡Cuán intensa la canicular!
 Dame a beber en tus manos—
 de esa agua espumosa y limpia,
 de esa que al quebrarse lanza
 tenues gotas cristalinas.
 Quiero refrescarte el rostro;
 te revientan las mejillas.
 Pero no, que así rosada,
 exuberante de vida,
 quiero verte, que no pálida
 rosa de cien hojas mía,
 como estuviste la noche
 que de entre mis brazos te ibas.
 Corazón, di, ¿qué presientes?
 ¡Ay alma, ¿por qué suspiras?
 Presto el acorde te viene
 Mas, ¿en dónde nuestros hijos
 están? Y la pequeñita,
 ¿es tan traviesa?

—En el río
buscando están piedrecillas.
Pero no temas, Hortensia
está a su cuidado: mira,
de piedra en piedra saltando
se van por el cauce listas.
¡Qué bella mi primogénital
Parece una princesita.
¡Y no es menos bondadoso
el que ha de heredar tu lira,
el que responde a tu nombre!
—¡Ay, ese hijo de mi vial
¿Y los otros pequeñuelos
en dónde están?

—Allá en la isla
correteando en el bosque,
cazando mariposillas.
—Me temo que al río caigan:
las ilusiones perdidas
arrastran hacia el abismo:
¡es un vértigo la vial...
El vecino campanario
toca las doce; alma mía,
ve y convoca a nuestros hijos,
y que todos de rodillas
a la Santa Virgen canten
las preces de amor sentidas;
y suban sus oraciones
como infantiles primicias,
como aromas del florido
tomillar a medio día.
Presto el acorde resuena
de sus dulces vocecillas,
¡Oyelas, Señor; son esas
de mi alma las nuevas rimas!

¿REPOSO?

PERDIDA

¡Me arrastra, así muerto,
en tu costado, por mi dicha, abierto,
¡Jerús, a descansar!

¡Yo quisiera escondirme en un rincón
más profundo que el mar!
¿Qué he perdido? ¡Mi lengua se resiste
a pronunciar el adorado nombre!
Corazón, ¿qué perdiste?
—Lo que más dulce en la pasión existe,
Señor, lo más querido para el hombre:
¡Un alma! ¡Esa alma tuya que me diste!

pero este, ¿en dónde está?...

¡Me arrastra, así muerto,

en tu costado, por mi dicha, abierto,
¡Jerús, a descansar!

—En el río
buscando están piedrecillas,
Pero no temas, Hortensia
está a su cublado: mira,
de piedra en piedra saltando
se van por el cauce listas.
¡Qué bella mi primogénita!
Parece una púbercita.
Y no es mena bondadoso
el que ha de heredar tu lira,
el que responde a tu nombre!
—¡Ay, ese hijo de mi vida!
¿Y los otros pequesucos
en dónde están?

—Allá en la isla
romebando, en el bosque,
cantando melodiosos
—No temo que el río caiga
sobre las piedras
cuando se vá a dormir.
¡PERDIDA
El viento con el agua
toca las rocas.

¿Qué te temo? ¿Mi hermano en la vida
y pronunciará el nombre?
Corazón que palpita
—¿Qué más dulce en la vida
señor, lo más dulce que un hombre
la alma que se va a dormir?
como los niños
tomar el mundo
Prezo el acorde resaca
de sus dulces resaca.
¡Oye! Señor, con voz
de mi alma las nuevas!

—¿Qué te temo? ¿Mi hermano en la vida
y pronunciará el nombre?
Corazón que palpita
—¿Qué más dulce en la vida
señor, lo más dulce que un hombre
la alma que se va a dormir?
como los niños
tomar el mundo
Prezo el acorde resaca
de sus dulces resaca.
¡Oye! Señor, con voz
de mi alma las nuevas!

REGRESO

Dios, sin duda así lo quiere
no es errática coincidencia.
Esta granja campesina,
alegre ayer, hoy deserta,
a do llegaré?

¿REPOSO?

¡Me asusto de mi mismo!
¡Yo quisiera esconderme en un abismo
más profundo que el mar!

¿La fosa, el polvo inerte?...
Mi muerte no es remedio de su muerte;
ansio más, aun más!

Mi mal imponderable
pide de amor un piélagos insondable;
pero éste, ¿en dónde está?...

¡Me arrastro, casi muerto,
en tu costado, por mi dicha, abierto,
por Jesús, a descansar!

REPOSOS

¡Me acuesto de mí mismo!
Yo quise escondarme en un abismo
más profundo que el mar!
... La luz, el polvo inerte...
Mi muerte no es temido de su muerte;
ansio más, aun más!
Mi mal impasible
pide de mí un silencio insalvable;
para éste, ¿en dónde está?
¡Me acuesto, casi muerto,
en tu costado, por mi dicho, apicho,
¡Jesús, a descansar!

¡Y llego a la calle
de la casa, de la casa,
y fango y delirio
a mis entretidas puertas,
con dolores recuados
viento y pardo me golpea!
Y le abro el for que negare
entada a la estancia nuestra,
si son estos tratos golpes
teclamos sinantes de ellos...

REGRESO

¡Corazón, abre las puertas!
Dios, sin duda así lo quiere;
no es extraña coincidencia.
Esta granja campesina,
alegre ayer, hoy desierta,
a do llegaron, de donde
huyeron mis caras prendas,
dos atalayas sombrías
tiene que en frente se elevan.

Allá, sobre una colina,
está su heredad paterna,
el nido de mis amores,
mi mansión de primavera.
Y aquí, detrás de mi huerto,
se alza la rústica iglesia
en que un sábado de Mayo,
al lucir alba risueña,
como dos gotas en una,
se unieron las almas nuestras.

Pues que Dios así lo quiere,
¿por qué eludir su sentencia?

¡Día y noche en esta calle
de luto el amor pasea,
y tenaz y dolorido
a mis enlutadas puertas,
con dolorosos recuerdos
viene y quedo me golpea!
¡Y le abro! ¿Por qué negarle
entrada a la estancia nuestra,
si son estos tristes golpes
reclamos amantes de ella?...

¡Ya llega la muy amada!
¡Corazón, abre las puertas!...

Entra, ven, tórtola mía.
¿Tienes frío? ¡El cierzo arrecia!
¡En mi pecho tú escóndete,
caliente el nido te espera!
¡Cuánto has tardado, amor mío!
¡Cómo he ansiado tu vuelta!
¿Dónde, en qué mansión lejana
has estado prisionera?
¡Tienes húmedo el plumaje
y las alas traes negras!
¡Estás olorosa a incienso,
y muda, y helada, tiembias!

Habla, dime, ¿vienes viva
o estás todavía muerta?

Vuela, vuela, viene,
cada vez se agranda;
ya llega en el lago,
¡ya son dos las garzas!...
Mírad cómo juega
la pareja amada:
creo que se besan,
el cruzar las alas.
¡Mírad qué elegant!
húndense en las aguas,
cómo se en el aire,
cómo se en las aguas...

PINCELADA

Envuelta en las tocas
de sus grandes alas,
a orillas del lago
dormita esa garza,
triste y aterida,
muda y solitaria.
Día a día viene
y quédase extática
encima un guijarro
que lamen las aguas.
¿Si será esa piedra
la pesada lápida
de una amada muerta?
¡Pobrecita garza!
Pero de las nubes
se desprende y baja
algo como una ave,
vaporosa y blanca.

Vuela, vuela, viene,
cada vez se agranda;
ya llegó en el lago,
¡ya son dos las garzas!..
Mirad cómo juega
la pareja amada:
creo que se besan,
al cruzar las alas.
¡Mirad qué alegrial
Húndense en las aguas,
ciérnense en el aire,
pósanse en las algas...

Ya la noche cierra;
ya el bosque las llama:
las espera el nido
del amor... ¡Bien hayan!
¡Y a mi la neblina
deme una mortaja!
¡A un nido que ignoro
mis muertos me llaman!..

EN LAS ESTRELLAS

En un inmenso mar de róseas nubes,
como brillantes ojos de querubas,
los astros miran desde el cielo azul.
¡Qué noches, luminoso,
un grupo de ellas muéstrame el hermoso
símbolo del amor, la Cruz del Sur.

Si son parte del Cielo esas estrellas
y ya gozas feliz en una de ellas,
inebriada en eterna beatitud,
dime, a que pueda yo llamarla mía
y hacerte cada noche compañía,
¿en cuál de esas estrellas vives tú?..

Vuela, vuela, vuela,
cada vez se agranda,
ya llegó el momento,
ya son días los pasados...
Mira cómo juegas
cómo estás
la pareja amada
creo que se besan,
al cruzar las alas.
¡Mira qué pareja!
Hundidos en las aguas,
cruzan el aire,
vuela tal un avecillo...

Ya le voy a decir
ya le voy a decir
de cómo te amo
de cómo te amo
de cómo te amo
de cómo te amo
de cómo te amo
de cómo te amo

EN LAS ESTRELLAS

En las estrellas
de cómo te amo
de cómo te amo
de cómo te amo

En un momento tal de rosas nubes,
como bellotas ojos de pueras,
los astros miran desde el cielo azul.
¡Cruz rocosas, luminosas!
un grupo de ellas muestran el hermoso
símbolo del amor, la Cruz del Sur.

Si son parte del Cielo esas estrellas
y ya gozas feliz en sus de ellas,
inclinada en eterno beatitud,
dime a que pueda yo llamarte mía
y hacerle cada noche compañía,
con cuál de esas estrellas vives tú...

¡En la sombra de un árbol! Si a lo menos
me cubrieran el sauce o el ciprés!
Y esta árbol debería sero árbol
simón ardiente. ¡Ábrame la sed!
Aun me queda, por decir, un poco de agua;
pécala tú, mi compañero fiel,
y regresa al hogar, ya desolado,
donde el amor gozó.

En el estuche del arroyo guardada
se encuentra, a medio hacer,
la trilogía de mi amor perdido!
¡Llévame a mis hijos ese drama cruel!
¡Mas no, que morirán
al verte llegar!

¡ADIÓS!

Ve a la heredad paterna; allí mi madre
¡Alto!... ¡Hasta aquí la rápida carrera,
mi volador corcel!
¡Hemos rendido en una tres jornadas
por salvar de la muerte a los que amé!
¡Y en vano! Cuatro fosas
se han cegado ante mí. Desfallecer
me siento. El sol se apaga.
¡Es mi hora de morir!...

¡Negro corcel,
inclínate a que pueda
yo a tierra descender!
Sirvame ya mi lira de almohada,
como hace el paladín con su broquel!

¡Ya bandada de cóndores otea
mi cadáver tal vez!
¡Que no pueda en el fondo de la fosa
al dulce abrigo de la Cruz yacer!

¡Ni la sombra de un árbol! ¡Si a lo menos
me cubrieran el sauce o el ciprés!
Y este árido desierto sólo ofrece
simún ardiente. ¡Abrásame la sed!
Aun me queda, por dicha, un poco de agua;
bébela tú, mi compañero fiel,
y regresa al hogar, ya desolado,
donde el amor gocé.

¡En el estuche del arzón guardada
se encuentra, a medio hacer,
la trilogía de mi amor perdido!
¡Lleva a mis hijos ese drama cruel!
¡Mas no, que morirían
al verte llegar solo!...

Entonces, ¿a quién?...

Ve a la heredad paterna: ¡allí mi madre
me espera hoy cual me esperaba ayer!
¡Que mi madre infeliz tan sólo sepa
que me venció la pena en esta vez!

¡Es mi hora de morir...
me siento. El sol se apaga.
se han cegado ante mí. Destallecto
Y en vano! Cuatro fosas
por salvar de la muerte a los que amé!

¡Negro corcel,
inclinarse a que pueda
yo a tierra descender!
¿Vivame ya mi lira de almohada,
como hace el paladin con su procel!

¡Ya perdidos de condones oza
mi cadáver tal vez!
¡Que no pueda en el fondo de la fosa
al dulce abtíge de la Cruz yacer!